

TRIBUNA



POR

Diego Ayo
POLITÓLOGO

La encuesta de Unitel

Qué es lo que vemos tras la encuesta de Unitel del domingo? La respuesta sólo puede ser una: dilución del poder. ¿Qué significa? El peruano Alberto Vergara, brillante profesional del área política, contrasta esa dilución con el concepto más afamado: la concentración del poder. La dilución es su antípoda. La concentración es el gordo y la dilución es el flaco. Este lúcido profesional suelta una provocativa tesis: ambos escenarios son peligrosos para la estabilidad democrática. Ya sabemos que el escenario de Evo Morales, Rafael Correa o Hugo Chávez fue el de la concentración del poder. Este escenario traza el panorama típico de América Latina presidido por un caudillo que concentra el poder y destruye las instituciones a su paso, llámese el poder legislativo, el poder judicial, la prensa libre y un largo etcétera, fagocitándose el poder para sí. Si lo ponemos en porcentajes podríamos decir que el magnánimo líder concentra al menos dos tercios del poder. Sin embargo, Vergara entiende que este escenario de concentración del poder se ha quebrado. Ya no es un solo sujeto el portador del poder. ¿Buena noticia? Claro, podríamos creer que el poder ya no pertenece a un individuo. O, para decirlo bajo el ejemplo boliviano, el poder ya no está centrado en el líder cocalero. Ya no. Podríamos alegrarnos. Sonreír ante la noticia. Finalmente, el caudillo habría sido relegado. ¿Verdad? Sí, pero su desaparición (u ocultamiento en el Chapare) no es el fin del problema. Lamentablemente lo que muestra la encuesta de Unitel nos hace aterrizar en el otro polo del problema: el poder ya no está concentrado. Todo lo contrario: está altamente desconcentrado. Hemos pasado de la concentración del voto en un sujeto a su dilución en múltiples candidatos. Los dos candidatos con mayor posibilidad, Samuel y Tuto, suman junto un 38% de los votos. Si le añadimos al conteo al tercer contrincante, don Manfred Reyes Villa, alcanzamos una cifra del 46% de los votos. Pensemos que el inútil presidente Luis Arce tuvo solito el 55% de los votos. Ergo: de los dos tercios de la concentración pasaríamos a un tercio de la dilución. De dos tercios de apoyo nos iríamos a los dos tercios de rechazo. Podemos explicar esta situación, de acuerdo a Vergara, por la existencia de tres fenómenos: la fragmentación, el amateurismo político y el distanciamiento de los candidatos con la sociedad. Vale decir, lo que tenemos entre ma-

nos es un panorama de aparición de un montón de candidatos, rodeados de una tropa de novatos y, para yapar, alejados de la gente. Los candidatos están abogando por subir a un techo un poquito mayor del 20%. O sea, hay un 80% de gente que no votaría por ellos. En la disputa presidencial entre Alan García y Ollanta Humala sumaron entre ambos el 65% de los votos. No había una concentración, pero es cierto que no había la dilución que tuvo lugar en la elección disputada entre Keiko Fujimori y Pedro Castillo, quienes sumaron poco más del 30%. Pasamos, pues de un extremo al otro: de la concentración a la dilución. Y es eso lo que muestra la encuesta de Unitel para Bolivia. ¿Amateurismo? Los candidatos son políticos de vieja data, aunque acompañados de políticos de experiencia política casi nula. La hermana de Tuto o el hijo de Luis Vásquez como candidatos a diputados lo demuestran tanto como una variedad de nombres verdaderamente desconocidos. La excepción es la repetición de políticos de Comunidad Ciudadana que se integran a algún bando político. Son excepciones menores y de escasa relevancia que no desdicen la tesis central: aparecen nuevos políticos “atados” a viejos o nuevos políticos sin el menor conocimiento de la política como el candidato vicepresidencial de Tuto (por dar un ejemplo) o el mismo Jaime Dunn. En todo caso, la renovación está sujeta a la última palabra de los líderes supremos. Ese es el peor amateurismo: aquel que funciona como novedad sólo para encubrir la “vejez” de nuestros candidatos opositores decidiendo férreamente sobre los candidatos a senadores y diputados que los acompañarán. ¿Y el último rasgo? Aparece con toda contundencia: la distancia con la gente. La razón es simple: no hay partidos políticos con arraigo en las ciudades, barrios, comunidades. Los partidos son máquinas electorales con escasa penetración social. Cualquier apoyo es provisional, cortoplacista y tenue. Unitel lo muestra con datos descarnados: sólo un 28% tiene “el voto decidido”. Un 36% “tiene dudas sobre su voto” y un 31% afirma que “ninguno lo ha convencido”, o sea 67%, dos tercios de los bolivianos, están lejos de estos proponentes. Grave. Concluso: de la concentración autoritaria pasaríamos, pues, a una dilución no menos autoritaria, aunque de distinto rostro. Un rostro callejero aunado a un congreso frágil y a muchas poblaciones pululando en las calles.



CIUDADANO X



POR

Emilio Martínez Cardona

Encuestas y balas de plata

¿Realmente está liquidado políticamente el oficialismo, por efecto de la múltiple crisis económica que atraviesa el país? Las encuestas parecen indicarlo, pero a esto deben oponerse dos salvedades. Por una parte, los sondeos muestran un 27% entre indecisos/ninguno/no responde, lo que puede incluir una franja de voto oculto o vergonzante. En las elecciones del 2020 se dio el mismo porcentaje y la mayoría de los “ocultos” se decantaron por el masismo. En mucho menor medida, pueden haber varios puntos porcentuales escondidos por el MAS oficial, procedentes del medio millón de empleados públicos y sus familiares directos. Por otra parte, el “maravilloso instrumento del poder” aún deja en manos del oficialismo ciertas balas de plata (o de oro), algunas de las cuales son barajadas en los pasillos de la alta burocracia. Esto debería ser tenido en cuenta desde cualquier ángulo del tablero político-partidario (es mejor estar avisados que sorprenderse): 1. Detener a Evo Morales. Sería la jugada maestra y de aplicarse explicaría por qué se eligió al ex ministro de gobierno como candidato presidencial. Aunque ya no ejerza la titularidad de esa cartera, puede plantearse como quien diseñó la operación para frenar al “talibán andino”. La probabilidad de ejecución es dudosa, por la capacidad de convulsión violenta que conserva el evismo radical, en medio de la incertidumbre económica. Sólo sería viable con precisión quirúrgica y

acompañada de otras medidas que apunten a la estabilidad social. 2. Presionar a los parlamentarios evistas para aprobar los créditos internacionales. Esto le liberaría al gobierno unos 1.600 millones de dólares que pueden ser estratégicos para la campaña electoral, creando (sin solucionar problemas de fondo) una burbuja de estabilidad por algunos meses, suficientes para incidir en la reproducción del poder. Es la vía con mayor potencial para el arcismo y las presiones pueden incluir tanto incentivos como coerciones. 3. Bloquear la habilitación electoral del andrónico-linerismo. Esta opción ya ha sido tanteada, pero falta saber si el salvavidas de UCS será algo seguro o más bien un tapete bajo los pies de Andrónico Rodríguez, que pueda retirarse en el momento oportuno. Si la sigla se traba, intentarían forzarlo a la “reunificación” con la candidatura a la vicepresidencia, para la que el masismo oficial ha designado por ahora a un fusible. 4. Nacionalizar el oro. Equivaldría a patear el tablero económico, poniendo en manos de la renta estatal unos 2.000 millones de dólares anuales, pero implica una confrontación con un sector de capacidad convulsiva, como es el cooperativismo minero. Jugada tan potente como arriesgada, exigiría que la empresa pública a crear tenga carácter militar y que las cooperativas mineras conserven un lugar significativo en la cadena sectorial, como se hizo con las petroleras en la nacionalización de los hidrocarburos.



MIRADAS



POR

Alberto De Oliva Maya
(UN BOLIVIANO EN FILA PARA GASOLINA)

¡Arica está en el mar, pero Bolivia ya naufragó hace rato!

Resulta que ahora, según los expertos iluminados de YPFB Transporte, en Bolivia no hay combustible no porque se hayan farreado la plata, ni porque la corrupción en la empresa estatal apesta más que un camión de gasolina derramada bajo el sol del trópico... ¡No, señor! El verdadero problema es que Arica está en mar abierto. Así es. Aparentemente, el océano se ha rebelado contra el pueblo boliviano y ha conspirado para que las cisternas no descarguen combustible. ¿Y cuál es la solución? Pues, según el razonamiento de estos genios, si hace viento, sol o salpica una ola, se suspende todo. ¡Qué culpa tenemos de operar en mar abierto, pues! ¡Maldita geografía! El nivel de estupidez con el que intentan disfrazar el colapso del sistema energético del país ya raya en lo paranormal. Y, mientras tanto, el pueblo hace colas kilométricas por una miseria de gasolina. Filas que se han vuelto más constantes que los discursos de Evo sobre el imperio yanki. ¿La verdadera razón? Simple: se robaron la plata. La gastaron en campañas, en sobresueldos, en viajes de lujo, en chanchullos internos donde se reparten los contratos como si fueran empanadas

y, claro, la mentada subvención ya no da ni para llenar un encendedor. Pero eso sí: iculpa del mar abierto! Ahora bien, no se preocupen, que rendirán cuentas... claro, siempre y cuando el próximo presidente no sea uno de esos tibios que se hacen pis cuando escuchan la palabra “justicia” o que se les eriza el cuero pensando que podrían incomodar a sus nuevos socios de poder. ¿Justicia? En Bolivia hay más posibilidades de ver a un dinosaurio bailando saya en el Prado que de ver a un corrupto preso por el tema del combustible. Una oposición que da más pena que coraje, y esa es la otra parte tragicómica del asunto. Porque, mientras el país se cae a pedazos, los principales binomios opositores se disputan la medalla de oro en “la olimpiada de las decepciones”. Tuto, convencido de que su candidatura es lo que el país necesita, se lanza con un vice que, si bien tiene amor por los perros, no tiene ni idea de crisis ambiental ni económica. Pero eso sí: le sobra sex appeal digital. ¿Para qué un plan económico, si tenemos seguidores en Tik Tok? Manfred, desde la comodidad de su trono cocha-bambino, escoge de vice a un concejal cruceño que cree que grabar corruptos es igual que saber gobernar. Claro, si con videos se soluciona todo,

¿para qué queremos leyes o instituciones? Jaime Dunn, el fenómeno digital que aún no figura oficialmente, nos presenta como vice a un exitoso empresario migrante. Muy bien en su tierra adoptiva, pero en Bolivia, ni idea de cómo funciona la economía estatal ni cómo se escribe “reforma fiscal”. Eso sí, habla quechua, y eso ya lo hace más “originario” que los aimaras que llevan 20 años gobernando. ¡Un punto para la diversidad folclórica! Samuel Doria Medina, que por primera vez parece haber acertado con su vice, el economista más preparado de todos los binomios. Lástima que el jefe siga creyendo que se puede ser socialista y capitalista al mismo tiempo. O sea, ni chicha ni limonada. Ni Evo ni El Alto lo quieren, pero igual insiste. Y entre todo este menú de despropósitos, aparece el gourmet de la traición: Jhonny Fernández, que no contento con ser el alcalde más bailador, ahora coquetea con Andrónico, el heredero del narcovismo. Todo sea por un poquito más de poder, más impunidad y, por supuesto, más mordida del Estado. A estas alturas, la dignidad es una palabra en desuso en su diccionario. Y cómo no hablar de encuestas: la ciencia oculta del siglo XXI donde las encuestadoras entran al circo. Un día ponen primero al último, al siguiente

día desaparecen al favorito de las redes, y luego se justifican diciendo que no cuentan los “likes”, sino las muestras “profesionales”. ¿Muestras de qué? ¿Del showroom de alguna inmobiliaria corrupta del Chapare? En Bolivia, las encuestas son como las promesas de campaña: todos saben que son mentira, pero igual aplauden. Lo cierto es que, mientras el pueblo se emputa, se desespera y ve cómo el país se le va como combustible por una manguera rota, los políticos se entretienen jugando al ajedrez electoral. El problema es que todos juegan de peones, pero creen ser reyes. Pero eso sí: el maligno, esperando. Allí en la oscuridad, el viejo demonio masista sigue agazapado, esperando que todos se equivoquen. Sabe que el desorden, la falta de liderazgo y la desunión le allanan el camino. Solo necesita que la oposición escoja mal su binomio, que se divida en siete frentes y que el pueblo, harto de tanto experimento, vuelva a votar por el “mal menor”, ese que ya conocemos tan bien. ¿Vamos por el camino correcto?, se pregunta la mayoría. Ni idea. Pero de lo que sí estamos seguros es que, si seguimos echándole la culpa al mar por la falta de gasolina, pronto no solo estaremos sin combustible, sino también sin país. Porque una cosa es operar a mar abierto... y otra es vivir a cerebro cerrado.